

frío los inviernos mas rígidos y padecimientos tan monótonos como el clima en que se encontraba.

Habiéndose visto rodeado por do quiera de hielos, entabló relaciones con los esquimales, que habitaban hasta aquellos lugares, y con su auxilio continuó sus escursiones á pié mas allá del 69°. En regiones tan tristes y desoladas, los viajeros de quienes vamos hablando, se veían obligados á tomar algun reposo, ya en cabañas de hielo, ya en hoyos que escavaban en medio de las nieves; ataban á los trineos perros para que los arrastraran, y los nombres que daban á aquellos de Boothia y de Felizia eternizarán en aquellos parajes el del hombre generoso que habia suministrado los medios para la expedición, el cual se llamaba *Felix Booth*. Cercioráronse en esta ocasion de que no existe un paso en aquellos sitios para ponerse en comunicacion con el Noroeste; pues que se estiende una prolongacion de tierra entre el estrecho del Regente y el mar del Norte. Es verdad que esta entrecortada por lagos, así que seria fácil abrir en ella un canal; pero ¡qué utilidad podria sacarse de esta empresa en parajes en donde los peligros de la navegación exceden sobremanera á las ventajas que se podrian esperar de ella!

El estío siguiente fué tan corto, que *La Victoria* apenas pudo avanzar por el espacio de tres millas sobre los hielos. Entonces el capitán Ross se dió á buscar el polo magnético; á saber, el lugar en donde la aguja imantada no se desviaria del punto de la línea perpendicular, el cual se encontró á la latitud de 70° 5' 17" y longitud 99° 46' 45" al occidente de París. En el verano del año de 1831, el buque no pudo tampoco desprenderse de las nieves; por lo que se tomó la resolucion de abandonarlo para trasladarse en los trineos que se arrastraban á mano hasta el lugar donde los viajeros habian dejado los barcos, esperando trasladarse con ellos á la bahía de Baffin. Pero les alcanzó otro invierno mas rígido y tempestuoso aún; y por último, al verano siguiente un buque que cruzaba aquellos mares con objeto de la pesca, los recibió á bordo y los llevó á su patria. Estos dieron noticias mas precisas acerca de las tierras elevadísimas de Isabel y de Alejandro (1); dijeron que estaban en la firme creencia de que no era posible encontrar al Noroeste un punto de comunicacion por el estrecho del Regente, ni por la parte del Sur á la latitud de 74°; dieron á conocer que habian llegado á determinar la verdadera posicion del polo magnético; manifestaron las observaciones importantísimas termométricas que habian hecho; y finalmente, evidenciaron la nueva teoría que habian establecido acerca de las auroras boreales.

(1) La tierra de Isabel está situada en la costa norte de Haití, y suele llamarse puerto de Isabel. Alejandro ó tierra de Alejandro es una isla del grande Océano Austral. [Nota del traductor.]

Aquel mismo Back, de quien hemos hablado como compañero de Franklin (1803), fué encargado de buscar por tierra al capitán Ross, y aunque éste hubo vuelto, se ordenó á Back siguiere su viaje con objeto de profundizar [1835] los estudios geográficos, que á decir verdad, aprovecharon mucho con su expedición. Mas adelante fué enviado por mar á fin de buscar el paso por el Noroeste [1], pero no salió airoso en su empresa. La fortuna se mostró mas risueña á Pedro William, á Dease y á Tomás Simson [1837], los cuales subieron por el rio del Cobre al de Richardson, descubierto en el año de 1838, y encontraron 30 esquimales [2] de quienes no pudieron sacar noticias de ninguna especie. Siguiendo su viaje, tocaron los cabos que tienen por nombre Barrow, Franklin y Alejandro; pero habiéndose visto obligados á detenerse á cada paso con motivo de las tierras que en aquellos lugares forman bahías, encontraron por do quiera esquimales, que viven de renos y atunes. Doblaron tambien el cabo Hay, que era el último que habia visto Back; tocaron otro que llamaron Bretaña, y por el lado occidental del rio titulado de los *Peces de Back*, se aseguraron de que Boothia estaba enteramente separada del continente americano.

(1) Nuestro autor ha hablado ya repetidas veces del paso al Noroeste que se buscaba atravesando el polo. [Nota del traductor.]

[2] Los conocimientos geográficos é históricos han progresado mucho en nuestra época, ensanchando la esfera de las ciencias naturales y políticas, y dándonos á conocer que la naturaleza en su misma agonía, como se nota en las tierras polares, no deja de brindarnos con algunos de sus dones. Pero es de notar que tanto en los climas estremadamente calurosos, como en los en que un frío excesivo impide el desarrollo de nuestro cuerpo, la raza humana ha deteriorado física y moralmente. En efecto, no tan solo los esquimales nos ofrecen el triste espectáculo de una escasa poblacion, miserable, sin cultura, de facultades intelectuales muy limitadas y casi nómadas, sino que estos fenómenos empiezan á manifestarse en la misma Laponia, que está mas cerca del polo. Lo que acabamos de esponer nos evidencia que las regiones polares y los pocos que las habitan, serán para los europeos cada vez mas un objeto de curiosidad y de investigación para el naturalista, al paso que los filósofos no pueden menos de entristecerse con la idea de que hay hombres condenados á vivir en aquellos climas ásperos y sombríos. Los suecos, los rusos, y tambien los ingleses, se han esforzado para introducir algunos conocimientos y las artes mas necesarias y propias de nuestra civilizacion en las regiones mas septentrionales; pero sus trabajos han producido poco fruto, porque los que viven muy cerca del polo tienen un carácter débil y medroso, como lo evidencia su misma figura miserable y casi raquítica. Con este motivo queremos consignar en la presente nota un hecho histórico bastante curioso y peregrino que prueba nuestro aserto.

Las expediciones, pues, en que se adelantaron mas los viajeros en direccion á los polos, dieron la certeza de que la América está aislada del antiguo continente; pero al propio tiempo las dificultades que ofrece por la parte de los mismos polos el facilitar una vía de comunicacion, hicieron desvanecer la ilusion que habia halagado á nuestros padres de abrir un nuevo camino al comercio hácia el mar Pacífico. Los buques ingleses llamados el *Erebro* y el *Terror*, volvieron á intentar en el año de 1845 el paso por el Noroeste; pero su suerte es todavía dudosa. Sin embargo, es de notar que ha sido muy escaso el fruto que se ha obtenido de las diez expediciones hechas á este fin, y que las únicas que han aprovechado son las tres ejecutadas por tierra.

Han ofrecido mas ventajas las expediciones que se han hecho á los mares del Japon y á las islas Kuriles, siempre difícilmente exploradas, bien sea por su peligrosa navegacion ó por los celos de los japoneses. Despues de que La Perouse dió á conocer con bastante exactitud la costa de Tartaria, completó la exploracion de aquellos parajes el capitán Broughton; y los que traficaban en pieles, dirigieron nuevamente sus miradas hácia el

Gustavo Adolfo, rey de Suecia, animado por su genio belicoso, quiso formar un batallon de lapones para avezarlos al estruendo de las armas de fuego é infundir valor en aquel pueblo, lisonjeándose tambien de que por este medio podria llegar á introducir elementos civilizadores en la Laponia sueca. Queriendo, pues, llevar á cabo su proyecto, hizo fabricar un crecido número de pequeños fusiles y sables para armar á sus lapones. En efecto, formó el batallon deseado, que parecia un conjunto de chiquillos ó enanos en actitud de guerra. Un oficial sueco fué el encargado de la instruccion, y los nuevos héroes, pavoneándose con sus uniformes, no faltaban nunca á los ejercicios. Cuando el oficial sueco creyó que estaban bastante instruidos en las primeras evoluciones, invitó al rey para que presenciara la primera descarga que ejecutaria el batallon de los lapones. Gustavo Adolfo, lleno de alegría, se trasladó con mucha solemnidad y acompañamiento á aquel nuevo Campo de Marte, y despues de haber colmado de elogios y arengado á sus nuevos soldados, ordenó á uno de los cuerpos militares que asistian á aquel simulacro de guerra, que hiciese una descarga para que los lapones, animados por el ejemplo, la secundaran con sus armas de fuego. Pero los pequeños soldados polares, apenas oyeron el bélico estruendo de la descarga preventiva á la suya, se echaron á correr desesperadamente, abandonando el campo y arrojando las armas. El rey, no pudiendo contener la risa, aunque encendido en ira, empezó á gritar en voz alta: "¡Viles, cobardes, es este vuestro valor!" pero de nada sirvieron estas palabras, y los lapones, pálidos y temblorosos, buscando algun lugar en donde ocultarse, se introdujeron en todas las casas, cuevas y hoyos que pudieron encontrar en su precipitada fuga. Este fué el fin de aquella solemnidad tan nueva como ridícula.

Japon. No queremos pasar por alto en esta circunstancia, que tan solo los holandeses, envileciéndose y calumniando á los demas, pudieron tener alguna relacion con aquel país; así que todos los extranjeros que pertenecian á otras naciones, no fueron admitidos. En efecto, el alemán Cämpfer y el sueco Thunberg obtuvieron á duras penas el permiso de poder acompañar al embajador holandés del Japon, y nos dieron noticia de su viaje á aquellas regiones. Es posible, tal vez, que algun buque ruso cruzase aquellos mares y penetrase en el país; pero es de notar, que habiéndose estrellado un navío japonés contra una de las islas Aleutinas (1793), su tripulacion, que fué salvada por los rusos, se vió obligada por los mismos á permanecer diez años en la Siberia. Catalina II, finalmente, la envió á su país con un mensajero que llevaba varios regalos á nombre del gobernador de Siberia para que no pudiera sospecharse que queria hacer tributario á su imperio, como habria podido creerse, si el mensajero y los regalos se hubiesen presentado á nombre de la emperatriz. Aquel enviado extraordinario fué recibido cortesmente; pero no pudo entablar negociaciones co-

Podriamos tambien narrar otros hechos en apoyo de nuestro mismo aserto; pero conociendo que los que están cursados en la lectura de la historia de viajes no pueden ignorar el estado deplorable en que se encuentran los mezquinos habitantes de las regiones polares, y considerando ademas que el batallon de lapones formado por Gustavo Adolfo, es la prueba mas brillante de lo que hemos dicho sobre el particular, nos abstendremos de referir otros hechos.

Pero en esta ocasion no queremos pasar en silencio que los esquimales, y aun mas los lapones, tienen un afecto entrañable á su patria tan incómoda y triste. En efecto, en muchas relaciones de viajeros encontramos que algunos de aquellos habitantes arrancados de sus chozas heladas y trasladados á los países mas civilizados de Europa, han muerto de pesar, suspirando por las auroras boreales de su patria, por la carne y la leche de las renas, y deseando tambien el triste espectáculo de los inmensos parajes de su país, cubiertos de nieve casi en todas las estaciones del año.

Antes de concluir esta nota, diremos á nuestros lectores, que merecen ser leídas las consideraciones políticas acerca de las regiones polares y sus habitantes, escritas por Paw, y consignadas en su obra titulada: *Investigaciones filosóficas sobre los americanos, ó memorias interesantes para la historia del género humano*. El libro que acabamos de citar no es muy moderno, por haberse publicado á mediados del siglo pasado; pero á pesar de esto tiene un mérito sobresaliente, no tan solo por lo vasto de los conocimientos y la erudicion oportuna del autor con respecto á su época, sino tambien por un crecido número de reflexiones filosóficas y políticas que no pueden pasar nunca de moda.

merciales, y le fué permitido entrar tan solo en el puerto de Nangasaky, en donde únicamente pueden desembarcar los extranjeros.

Diez años despues (1803), fué enviado por la corte de Rusia Resanof, con el título de embajador, llevando consigo dos buques y verificando su viaje por el cabo de Buena-Esperanza. Fué entonces cuando por primera vez se vió ondear el pabellon moscovita en el hemisferio austral. Pero habiendo llegado la embajada á Nangasaky, no le fué permitido desembarcar, ni comunicar con los naturales y con los holandeses. El emperador del Japon, en vez de recibirlos en su capital, mandó un plenipotenciario, ante quien el embajador ruso se vió obligado á deponer su espada, á quitarse los zapatos y á doblar las rodillas hasta el punto de sentarse sobre sus mismos piés, ocultándolos enteramente, para recibir en aquella postura violenta y humilde la manifestacion de que el emperador rechazaba sus dones y no le permitia la entrada.

El hábil marinero Krussenstern, que capitaneaba aquella expedicion que se habia emprendido con tanta esperanza, dirigió la proa al Kamschalka, y habiendo examinado las costas de Saghalien y la de Tartaria, que está en la parte opuesta, atesoró muchos y muy útiles conocimientos, que fueron el único fruto que llevó á su patria. Mas adelante fué enviado por el gobierno ruso Golowin [1811], á fin de explorar las mismas costas de que hemos hecho mencion, y las islas Kuriles; pero tuvo la desgracia de ser cojido por los japoneses y encarcelado con toda su tripulacion. Habiendo logrado los rusos escaparse, fueron cojidos y puestos en varias jaulas; pero al cabo de dos años volvieron á adquirir su libertad por cange. Este acontecimiento fué festejado con alborozo por los mismos japoneses, á quienes los rusos encontraron sobremano humanos y corteses; aficionados á la lectura, á las habitaciones cómodas y á la instruccion; pero nuestros cautivos no llevaron ningun caudal de conocimientos á su país acerca del Japon.

Con igual anhelo se continuaron las exploraciones de las tierras antárticas, con especialidad desde que la paz del año de 1815 dió mas seguridad á la navegacion. El capitán Felipe Barker-King suministró conocimientos mas estensos acerca de las costas australes que están entre los trópicos; Botwel en el año de 1820, halló Sud-orkneyis [1]; Palmer y otros cazadores de focas vieron desde lejos las tierras, á las que dieron los nombres de Palmer y Trinidad; Bougain-ville y Ducamper recorrieron en el año de 1823 la Oceanía, y el capitán Bellingshausen en el año de 1819, descubrió con algunos buques rusos muchas nuevas islas, llegando hasta el

(1) Orkeneys, que se llaman tambien Nuevas Orcadas, son un grupo de islas en el gran Océano Austral.

[Nota del traductor].

70° 30' de latitud. Entre estas, las mas meridionales son las de Pedro y Alejandro. El mismo Bellingshausen descubrió allí un mar que daba indicios de tierra. El inglés Weddell penetró en el año de 1824 3° 5' en el círculo antártico, esto es, doscientas catorce millas mas que cualquiera otro viajero; encontró deshelado el mar que tituló de Jorge IV, y observó que la brújula perdía su fuerza como en el polo ártico.

Pero bajo el polo ¿es verdad que no hay mas que hielos, ó existe tambien un continente?

Algunos navegantes, acercándose al Sur, observaron indicios de tierra, y el capitán Biscoe en el año de 1830 no la perdió de vista por largo tiempo, pero sin poderla alcanzar por la contrariedad de los vientos. El americano Morrell en el año de 1830, y Kemp en el año de 1833, confirmaron semejante hecho, y creyeron que superando la primera barrera de los hielos, se podría llegar á tierras antárticas. Tomó entre tanto incremento el entusiasmo que se tenia por aquel descubrimiento; y en esta ocasion Francia envió para intentarlo al capitán Dumont d'Urville; la Inglaterra á Ross, y los Estados Unidos á Wilkes. El primero con su buque, llamado el *Astrolabio* [1826-1828], exploró cuatrocientas leguas de costa de la Nueva-Zelandia y otras islas, trayendo noticias abundantes y muy variadas; llegó hasta una latitud austral que otros no habian alcanzado, y aunque se encontró rodeado de hielos, pudo determinar la posicion de algunas islas no vistas hasta entonces sino á gran distancia, y finalmente, descubrió la tierra, á la que dió el nombre de Adelia, situada á 66° 30' de latitud, y 158° 21' de longitud oriental. En aquel mismo día la vió tambien el americano Piacok y fueron visitadas sus costas en la longitud de mil setecientas millas. D'Urville, á quien los ingleses no quieren atribuir ningun mérito, habria atesorado nuevos pormenores en otras expediciones; pero no pudo verificarlo por haberse quemado en el coche de vapor, atravesando el delicioso ferro-carri, que media entre Versalles y Paris, despues de haber regresado á su patria sano y salvo, á pesar de haberse visto espuesto á tantos peligros en el curso de sus viajes.

Entre tanto, un buque enviado con objeto de pescar ballenas por el negociante Enderby y algunos otros socios, bajo la direccion del capitán Juan Balleny, en el año de 1839, confirmó con nuevas observaciones la suposicion de que existen tierras antárticas, aunque se habia visto obligado tambien á detenerse por la fuerza de los hielos, despues de haber adelantado hasta el 69 paralelo. El americano Wilkes aseguró haberse, acercado hasta pocas millas de distancia de la tierra bajo el 67° 30' de longitud oriental; y la dió el nombre de continente antártico; pero en aquella expedicion no pudo recoger mas que piedras, único tributo que puede obtenerse de aquellos hielos.

En 29 de setiembre del año de 1839, salió del Tamesis el capitán Ross á fin de emprender un nuevo viaje al polo austral con los dos buques llamados *Erebo* y *Terror*, emprendiendo su ruta con direccion á Santa Elena para determinar el *minimun* de intensidad magnética sobre el globo. En esta ocasion tocó la tierra mas meridional que se habia visitado hasta entonces, situado bajo el 76° 47' de latitud y 177° 16' de longitud Este del meridiano de Greenwich, procediendo hasta el 78 paralelo y al 187, de longitud. Pero hielos de 50 metros de altura, y que se extendian por el espacio de 300 millas, obligaron á suspender la navegacion, con ánimo de volver á emprenderla al nuevo año. Sin embargo, el capitán Ross y sus compañeros habian surcado una gran parte de mar, la cual se encontraba precisamente en el punto que Wilkes y las cartas americanas habian indicado como tierra firme. El 2 de febrero de 1841 estaban 100 millas mas allá del polo magnético; y entonces se creyó poder asegurar que en el hemisferio austral no existe mas que un polo magnético vertical únicamente, mientras que al Norte existen dos. He aquí cómo la Gran Bretaña llegó á plantar su pendon en la mayor proximidad del polo, eternizando el nombre de su reina en una tierra, que llamó Victoria, y en cuyo borde está situado el volcan *Erebo*, que puede considerarse como un faro natural, destinado á aclarar las atrevidas empresas futuras.

Son los ingleses los que sacan mas provecho de los descubrimientos y de las colonias; y aunque es cierto que cedieron en la paz de 1815 algunas de las conquistas que habian hecho en la guerra de la revolucion, conservaron la península de Malaya y la colonia de Singapor. Esta última, que es una isla situada á la estremidad de la primera, domina el estrecho que cruzan generalmente los buques que se dirigen á los mares de la China. Fundada por sir Stamford Raffles, grande orientalista, y autor de la historia de Java, medró con tanta rapidez, que hoy se ve poblada de buques de todos los países, mientras que en el año de 1819 no tenia mas que un chusma de pescadores y piratas malayos. En el año de 1836, sus importaciones ascendian á 33.000.000 de francos, y las esportaciones á 31.000.000. En el año de 1825, la Inglaterra partió con la Holanda el dominio del archipiélago asiático y de la península de Malaya. En esta circunstancia quedaron á los holandeses las islas mas ricas en productos, como Sumatra, Java y las Molucas; pero los ingleses conservaron las posesiones que interesan mas á un sistema general de cambios entre el Asia Oriental, la India y el Occidente. Así es, pues, que las colonias de Singapor y del príncipe de Galles, se convirtieron en centro de las nuevas relaciones entre la Europa y las partes mas remotas del Oriente, estendiéndose en nuestra época tambien hasta la China.

Ignoramos las rentas de las colonias ho-

landesas; pero si Sumatra produce 10.000.000 de libras inglesas de polvos de oro, Borneo 13.000.000 de francos, y Banca 5.000.000 de libras de estaño, podemos decir, que es muy subida la cantidad que se extrae de mineral. Raffles calcula en 100.000.000 de francos la renta anual de Java, y la de las Molucas puede calcularse en 20.

En otro tiempo, la Europa no tenia objetos para verificar cambios con las colonias de Asia; pero ahora se despachan manufacturas, y con especialidad de algodón, en aquel país que no usa otra especie de telas para sus vestidos. He aquí por qué se dice generalmente, que las colonias son esenciales á la existencia de la Gran-Bretaña, como á sus manufacturas y para alimento de su plebe, la cual privada de toda propiedad, pide pan. La China únicamente no necesita los géneros que Inglaterra pueda ofrecerle; pero ésta ha conseguido que el ópio se convirtiese en un artículo de necesidad para aquel país, con detrimento de las leyes del celeste imperio; y ha suprimido tambien en las Indias el cultivo del trigo para estender el de los papaveros ó adormideras. Mediante este ramo de comercio suministra á la China aquel narcótico (el ópio) y toma en cambio el té, que despacha en Europa con muchísima utilidad, esportando trigo, que los indios se ven obligados á comprar y recibir de un país tan lejano. La operacion, pues, que hace la Inglaterra es una larga serie de otras, que pueden calificarse de mercantiles y fiscales; pero toda esta combinacion de cosas se desplomaria, si la China llegase á impedir el comercio del ópio y la embriaguez y embrutecimiento de sus hijos.

La habilidad de la Gran-Bretaña es muy superior á la de los colonizadores precedentes, bien sea en la eleccion de los lugares mas oportunos, para dominar los mares y asegurar el despacho de sus productos, bien sea en la obstinacion que emplea para conseguirlos, la Gran-Bretaña busca por do quiera mercados en donde abunden los consumidores, y al propio tiempo no haya concurrencia de otros mercaderes, y finalmente, nada se escapa á sus esfuerzos, á su atencion, á su atrevimiento y á su perseverancia prodigiosa.

Los viajes de circunnavegacion, están probados hoy por muchos, en atencion á que se ha descubierto todo nuestro globo, y no pueden por lo tanto, dar mas producto que el de alguna observacion astronómica, y de alguna que otra investigacion acerca del magnetismo terrestre ó de la temperatura terrestre ó de la temperatura submarina. Otros, por el contrario, creen que viajes semejantes son únicamente oportunos para que sea tambien respetado el pabellon de las potencias, que no tienen colonias en los países bárbaros; pero desdichadamente armados, y los cuales en breve se convertirán en estados poderosos.

Los últimos viajes se han dirigido tambien á dar impulso é incremento á la nueva ciencia de la antropología. Blumenbach habia

fundado ya la distinción de las razas sobre la organización, y con especialidad sobre la configuración de los cráneos, dividiéndolos en cinco clases, pero su distinción era más bien geográfica que científica. Luego se unieron á la antropología los estudios de la lingüística y de la historia; y finalmente, en nuestra época se ha dado más precisión á la ciencia, reconociendo que es menester fundarla en los caracteres físicos, porque son más estables y menos arbitrarios, pero cotejándolos siempre con la historia. Los trabajos de Edwards y las investigaciones sobre la historia física de la especie humana del doctor Pritchard, están trazados sobre este plan. Arcides d'Orbigny, examinó á los pueblos de la América Meridional, y en el año de 1817 el rey de Francia, Luis XVIII, envió á Luis de Freycinet á fin de observar no tan solo los fenómenos magnéticos y meteorológicos del hemisferio antártico, sino también las lenguas y las costumbres; Dumont d'Urville, según las instrucciones que se le habían comunicado para investigar el mundo novísimo (1), recogió cadáveres, modelos, figuras y varios apuntes sobre los caracteres físicos y morales de países en que viven tantas razas mixtas. En efecto, trajo á Europa 866 dibujos de hombres, armas, habitaciones y de varios enseres é instrumentos, y además, otros 400 de costas y paisajes, y finalmente 53 cartas completas y 12 bosquejadas de costas, puertos y bahías. Así es, pues, que si en otra época, después de haber encontrado una isla, se creía haber hecho lo bastante con determinar su posición estando en la bahía, ahora por el contrario, se pretende que no se haya dejado de reconocer todas las escalas, los fondos y los pasos, añadiendo á las designaciones astronómicas las físicas y las morales.

La Europa, pues, difundió por estos medios su población en todo el mundo, sin empobrecerse á sí misma; mientras que las otras razas, casi separadas de la gran ley del progreso, declinan en número y fuerzas (2). En América, también en los países donde hay esclavos, los negros menguan por muerte ó por el cruzamiento de las razas unas con otras y las tribus indígenas se retiran, así como se adelantan los sembradores de trigo. En esta época al hablar del mundo entero, se repite el nombre de los europeos; nuestros intereses causan agitaciones en las alianzas ó guerras de la India, los embajadores europeos discuten las decisiones de la corte de Persia,

(1) La Oceanía ó tierras oceánicas, á saber: la quinta parte del mundo.

[Nota del traductor].

(2) Hace poco que se procuró explicar fisiológicamente la disminución de las razas indígenas, sosteniendo que cuando una hembra de color ha generado con un blanco no engendra más con otros de una estirpe inferior, de suerte que mengua el número de los nacidos de color, y se multiplican las graduaciones en favor de la raza blanca.

y dictan los firmanes del gran turco, y finalmente, las cámaras europeas fallan acerca de la vida de los negros y la riqueza de los amarillos (1).

Si nos infunde orgullo el insigne espectáculo del humano atrevimiento que se lanza á arrostrar mares procelosos y desconocidos ó parajes en donde nadie había penetrado, nos consuela también el ver que por do quiera se propaga la civilización, aunque no siempre en las formas mejores ni por los medios más conformes con la justicia. En la Oceanía, donde se agitan más de 200.000.000 de hombres, muy diferentes entre sí, sobre un espacio de 66.000 millas cuadradas, el cristianismo, las ciencias y el comercio introducen una vida nueva; y por este medio las vicisitudes de aquel vasto país, contribuyen también á la suerte de Europa. Sus infinitas costas facilitan el arribo á aquellos parajes, así como el África compacta lo dificulta; y las poblaciones envejecidas reciben un fuerte sacudimiento al ponerse en contacto con las nuevas, por el ejercicio que requieren en aquellos países la codicia del negociante, las investigaciones del filósofo, y sobre todo el celo de los misioneros.

Entre las instituciones más estupidas de la Iglesia Católica, merece un puesto preferente la de *Propaganda fide*, mediante cuyos trabajos se difundió desde Roma hasta los últimos confines del mundo un ejército de misioneros; esto es, de personas que tan solo con los medios que los suministra la doctrina, la persuasión y la caridad, arrostrando los trabajos más penosos que se experimentan en todos los viajes á países remotos, así como los más grandes peligros, tan solo para la redención de las almas convirtiéndolas á la religión del Crucificado: es decir, á la sociedad civil, á los enlaces legítimos, á las ideas de propiedad y á las esperanzas inefables de la inmortalidad. La misma filosofía mofadora se ve obligada á prestar un homenaje de admiración á esos héroes religiosos, que bastarían por sí solos á rescatar de las culpas que se imputan á otros, también religiosos, que intrigan en las cortes echando mano de artes, cuyo privilegio exclusivo anhelan sus enemigos.

El protestantismo, aunque carece de aquella unidad y centralización propia que da fuerza á los católicos, ha querido también esforzarse en despojar á los bárbaros de sus costumbres salvajes, para que la humanidad pueda agradecerse. Hace ya 150 años que las varias sectas protestantes de Inglaterra, de América y de todo el continente europeo, formaron sociedades con objeto de propagar el cristianismo, prodigando para el caso muchos millones todos los años, y difundiendo centenares de millares de biblias en lengua malaya: libro, á decir verdad, no muy á pro-

(1) Nuestro autor alude á las razas del Asia que tienen la tez amarilla.

[Nota del traductor].

pósito para consolidar y simplificar las creencias de pueblos nuevos. Entre estos sectarios, los que se han distinguido con preferencia son los metodistas. En los solos establecimientos de Canton, Malaca, Batavia, Penang y Singapur, se han impreso en idioma malayo y chino más de 44.000 obras de doctrina cristiana, que forman más de 750.000 volúmenes. Los misioneros ingleses que arribaron á Taití en el año de 1799, sacaron poco fruto de sus trabajos hasta el de 1807, época en que se declaró su protector Pomaré (1), el cual prometió que quitaría el culto del dios Horo, con tal que se le recompensara con gentes, vestidos, y especialmente con armas, suministrándole también todo lo que se necesitaba para escribir. Entonces se abolió aquella sangrienta idolatría (2), y también el *Tabú*, que es, como hemos dicho más arriba, una especie de entredicho que prohíbe tocar ó mirar una cosa que en virtud de aquel acto había adquirido un carácter sagrado; esto daba un inmenso poder á los sacerdotes, que castigaban á cualquier individuo que violase el *Tabú*. Habiendo cesado, pues, en Taití la costumbre de grabar figuras en el cuerpo y presentarse desnudos, se introdujo el gusto de los deleites dobles, y empezó á despojarse de su rudeza el idioma de sus habitantes. Parten desde aquel punto, que puede considerarse como un seminario, un crecido número de individuos que tomando á su cargo el oficio de educadores en aquellos parajes, pueden adelantar más en sus tareas usando de la lengua y de las ideas del país.

En el año de 1820 llegaron á las islas de Sandwick, que Cook encontró sumidas en la más deplorable barbarie, varios misioneros americanos con jóvenes indígenas, educados en los Estados-Únidos y convertidos al cristianismo. Aunque los naturales de aquellas islas desde un principio los rechazaron, pudieron finalmente los nuevos misioneros lograr sus deseos, y con especialidad cuando Liholiho, rey violento y entregado á la embriaguez, falleció en Inglaterra en el año de 1830. Su viuda Kaahuman abrazó el cristianismo, y luego muchos jefes siguieron su ejemplo. Hoy una tercera parte de aquella población conoce ya el arte de escribir; se han establecido muchas escuelas, cuatro litografías, y un sinnúmero de manufacturas. El hacha de piedra se ha reemplazado con la de hierro; se construyen barcos; se hacen mesas; se fabrican varios enseres domésticos; los habitantes cubren su desnudez, y en derredor de aquellos altares que en otra época se veían ensangrentados, se reúne ahora un número de fieles para rezar y oír sermones.

[1] Este Pomaré no tiene nada que ver con la reina del mismo nombre, de quien hemos hablado más arriba.

(2) Nuestro autor la llama sangrienta porque se sacrificaban víctimas humanas.

[Nota del traductor].

Sus reyes poseen ya leyes y administración mientras que hubo en otro tiempo uno entre ellos que mataba al que se presentara mejor ataviado que él, y otro que ceñía su palacio con una muralla de cráneos.

Pero es de notar, que el predicador anglicano va á las misiones con su esposa y sus hijos, por lo que no debe asombrar si le falta la resolución del martirio (1), y si se circunscribe estrictamente á enseñar una moral más bien de rectas que de generosas intenciones.

[1] Esta reflexión de César Cantú es profunda y altamente filosófica. La experiencia nos pone de manifiesto que el hombre dotado de afectos tiernos y de moralidad se desprende más bien de su vida que de los objetos que son fruto de sus entrañas, los cuales á cada paso le traen á la memoria la obligación en que se encuentra de ampararlos con su amor y sus cuidados. El que abraza el sagrado ministerio del sacerdocio, no ignora por cierto que debe sacrificar su vida para defender sus creencias y glorificar al Hacedor Supremo; pero la razón muchas veces sucumbe ante los sentimientos tiernos y afectuosos, y con especialidad si éstos traen origen de un enlace legítimo y reconocido como tal por las leyes humanas y divinas. Gregorio VII, uno de los varones más eminentes que ha tenido la Europa, conoció esta gran verdad que acabamos de espresar, confirmada por la experiencia. Los filosofastros del siglo pasado, y muchos de los modernos, suponen que Gregorio al instituir el celibato del clero, miró únicamente á los intereses temporales del papado, esforzándose en formar con el cuerpo clerical una especie de secta católica, que separada de todos los intereses y afectos domésticos, se encontrase siempre pronta á defender sus atribuciones y los abusos de la silla apostólica. Estos hombres mezquinos, con sus sofismas no hacen más, falseando la historia, que patentizar su profunda ignorancia. Es de notar que en tiempo de Gregorio VII los emperadores, que pretendían el dominio esclusivo del mundo, hollando todos los derechos humanos y divinos, aspiraban también á engruesar su partido con un crecido número de eclesiásticos cuyos intereses, que tenían una estrecha relación con el trono, podían consolidarse aun más mediante los matrimonios que hermanan las familias. Así es, pues, que los emperadores esperaban también, echando mano de este recurso, conseguir con mayor facilidad sus deseos, y ejercer aun con más fuerza su tiranía. Estos motivos de mucho peso, así como los cuidados y los peligros en que puede encontrarse un cónyuge respecto de los puntos más delicados del honor y de la moralidad, determinaron á Gregorio VII á establecer como ley canónica y disciplinaria el celibato de los clérigos (a), los cuales además, como dicen terminantemente San Buenaventura y San Agustín, deben desprenderse de todo interés terrestre, tanto para cumplir más escrupulosamente sus de-

(a) Antes de que Gregorio VII impusiera el celibato de los clérigos como ley canónica, la iglesia de Occidente lo había adoptado ya como ley consuetudinaria.

Diremos también que los que no están dotados de sutil entendimiento, dan interpreta-

beres, como para mortificar su cuerpo, privándose de los deleites más seductores á que nos arrastra la humana fragilidad.

Pero no queremos pasar en silencio que los mismos idólatras y los pueblos más antiguos reconocieron la santidad del celibato de los ministros del santuario; y para que observáran esta ley, llegaron hasta la barbarie de privar de su virilidad á los sacerdotes que se dedicaban al culto especial de algún ídolo que requería tamaño sacrificio. Los coribantes ó sacerdotes de Cibele, eran eunucos, y los bonzos de la China también hoy se sujetan á esta bárbara operación. El catolicismo, que en su santidad ha sancionado el celibato de los clérigos, no tan solo dispensa de semejante obligación á muchos de los que no pertenecen á la iglesia de Occidente, sino que repetidas veces ha bendecido los himeneos de los eclesiásticos, contentándose con suspenderlos de las funciones de su sagrado ministerio. En Europa, casi todos los que se dedican al ejercicio de las armas están obligados á vivir en el celibato, y sin embargo, su profesión, lejos de ser sagrada ni ascética, es más bien reprobada por la más sana filosofía; entretanto es muy escaso el número de los que reclaman contra esta ley, mientras que muchos autores, poco sensatos, han escrito y reclaman todavía contra el celibato de los clérigos, que es una institución propia para infundir respeto, y que da algo de divino á los que sirven de modelo á la castidad y al pudor. Pero dejando aparte este argumento, vamos á hablar de las misiones que han dado margen á lo que dice César Cantú acerca del asunto que hemos tocado en estos pocos renglones.

Los pueblos europeos se han presentado en las regiones más remotas del Asia, del Africa, de la América y de las tierras australes, empuñando la espada y echando mano de la fuerza para sujetar á sus semejantes, esclavizándolos. El aspecto de estos guerreros, su traje militar, su número y su valor, los hicieron dueños de vastos reinos; pero á veces fueron derrotados, vilipendiados y vencidos. Por el contrario, un reducido número de hombres cubiertos de una túnica ceñida con un cordón, muchas veces con los pies desnudos arrastrando las sandalias, con la cabeza afeitada, con la barba muy espesa y mal peinada, y con el crucifijo en la mano, se han presentado á pueblos bárbaros y antropófagos con cara penitente y desamparados, tan solo para persuadirlos que estaban sumidos en las tinieblas de la barbarie, acariciándolos al propio tiempo para convertirlos á la fe por el camino de la razón y el amor. Los primeros escitaron el odio empuñando las armas, y los segundos infundieron la caridad enseñando la imagen del Crucificado; los primeros tenían en su abono el terror, los segundos la caridad; los primeros la fuerza del mando, los segundos la fuerza de la persuasión; los primeros fueron rechazados, los segundos queridos; . . . los primeros eran los soldados del mundo, los segundos la milicia celeste.

"Cuando la Europa regenerada, dijo Mr. de Chateaubriand en *El Genio del Cristianismo*, no

ciones muy estrañas á las palabras arcanas y á las narraciones místicas de la Biblia.

ofreció más á los predicadores de la fe que una familia de hermanos, dirigieron sus miradas hacia las regiones que estaban sumidas aun en las tinieblas de la idolatría. Conmovidos por la compasión al ver tan degradada la humana especie, se encendieron en el deseo de verter su sangre para conquistar las almas de miserables extranjeros." Los antiguos filósofos no dejaron nunca los jardines de la Academia, ni las delicias de Atenas, para trasladarse á países bárbaros, para humanizar á los salvajes, para instruir á los ignorantes, para curar á los enfermos, para vestir á los pobres, para estrechar los lazos de la paz en los hogares domésticos, y para suministrar pan á naciones enemigas. Esto estaba reservado únicamente á los héroes que pueden decir en voz alta: *regnum meum non est de hoc mundo*. ¡Qué contraste no hacen las doctrinas impías de los filosofastros con las de los misioneros! Aquellos bajo el pretexto de regenerar el género humano, se convierten en apóstoles de la incredulidad, diciéndonos que el hombre en todas sus operaciones no tiene más resorte que el egoísmo, que nada debemos á los autores de nuestros días, porque fueron impulsados á convertirse en padres de familia por el interés, ó por dar rienda suelta á los caprichos de la sensualidad; que la ley natural es superior á la revelada; que los hombres que forman una sola familia, deben tener mancomunidad de derechos en los bienes y hasta en aquellos lazos de afecto, que se quebrantan si el velo del misterio y del pudor no les ampara; y finalmente, que las verdades más augustas del catolicismo deben sujetarse á las vicisitudes de los tiempos y á las reformas políticas. Los misioneros ponen de manifiesto doctrinas contrarias á los salvajes, entre los cuales la especie humana está degradada tan solo porque se hallan puestos en práctica casi todos los principios que los filosofastros han calificado de civilizadores. En las regiones más bárbaras del Asia y del Africa, se han encontrado triunfantes el egoísmo y la fuerza brutal, que es su consecuencia; la impudicia como resultado de la inestabilidad ó completa ignorancia de las bases en que se fundan los derechos conyugales, y finalmente, guerras atroces y sangrientas, porque los derechos de la propiedad no estaban consolidados. Preguntaremos, pues, ¿los principios civilizadores son los de los filosofastros, ó los de la religión de Cristo que profesan los misioneros? Spinoza se declara en la civilizada Europa gefe de un nuevo sistema filosófico, y nos dice que todo lo que vemos constituye la esencia y las cualidades de la Divinidad, y con su monstruoso panteísmo quita al hombre el libre albedrío; confunde y amalgama las ideas del bien y del mal, de los derechos y de los deberes, y destruye las bases civiles y religiosas. Los misioneros dicen á los bárbaros: "somos todos hijos de un Dios que ha creado el mundo por un acto espontáneo de su voluntad; este Dios es omniperfecto, pero ha dejado al hombre la libertad de acción para que pueda aspirar á los premios de una vida futura y eterna." Hé aquí cómo el primero embrutece al hombre y

Los católicos no han podido desplegar mucha energía en el mundo novísimo, pero no

los segundos le dan un carácter sublime y divino. Bayle dice en su Filosofía, que nada hay que sea cierto en el mundo; y después de habernos esposto con toda la fuerza de sutiles sofismas esta teoría desconsoladora, nos asegura que puede también existir un pueblo de ateos, quebrantando de esta manera todos los lazos sociales, y negando *a priori* toda religión revelada. Los misioneros dicen á los bárbaros: "existe una ley eterna que emana de un Dios omniperfecto, el cual ha puesto una línea de demarcación entre el vicio y la virtud: nada se oculta á su vista." Hé aquí las bases del orden civil y religioso. Voltaire, Raynal, Helvecio, Diderot y toda aquella turba de filosofastros del siglo pasado, bajo pretexto de defender con su filosofía los derechos del hombre, pregonan con repetidas declamaciones que para conquistar la libertad es menester acabar con las ideas del cristianismo, lo que significa destruir los principios de los derechos, de los deberes y de la sujeción á las leyes que impiden el desenfreno de las pasiones; pues que el cristianismo no tiene más bases que éstas, y la revelación no ha hecho más que santificarlas. Los misioneros por el contrario, aclaran á los salvajes el origen de la ley natural y las sanciones de los preceptos del Evangelio, insinuándose tanto con la fuerza de las razones como con el ejemplo de sus virtudes.

Pero ¿quién desconoce que los misioneros han hermanado en piedad con la ciencia? Las primeras y más averiguadas noticias del Oriente ¿no las debemos en gran parte á San Francisco Javier, llamado por antonomasia el apóstol de las Indias? ¿Cuántos conocimientos preciosos y peregrinos no contiene acerca de aquellos países tan remotos la Historia de Indias del misionero P. Bartoli, uno de los varones más ilustres de la antigua Compañía de Jesús? ¿Las *Cartas edificantes* no son un monumento imperecedero de los conocimientos profundos y mucha diligencia de los misioneros en el Oriente, y con especialidad en la China?

Las misiones pueden considerarse bajo cuatro puntos de vista: 1.º como complemento de todas las historias de la Iglesia; 2.º como la justificación más brillante del cristianismo contra los ataques de la falsa filosofía y de la reforma; 3.º como una prueba de que el cristianismo es el primer eslabón y el medio más directo que conduce á la civilización; y 4.º finalmente, que su fuerza expansiva tan solo propia de la verdad, es la que debe triunfar en el mundo entero.

Para completar esta nota deberíamos también consignar algunos hechos históricos que confirman el carácter sublime y divino del catolicismo con el ejemplo de un crecido número de misioneros que han sufrido con evangélica resignación el martirio en medio de pueblos bárbaros, glorificando cada vez más al Todopoderoso; pero considerando que semejante tarea alargaría demasiado nuestra nota, diremos á nuestros lectores que pueden satisfacer su curiosidad leyendo la excelente historia de las misiones, escrita por el barón Henrion—Paris—1847.

[Nota del traductor].

han dejado, á pesar de esto, de emplear sus trabajos; y la congregación de la *Propaganda* confió en el año de 1835 las misiones para aquel país (1), á los sacerdotes de Piepus, lo cuales convirtieron las islas de Gambier, y en el año de 1837 el número de los bautizados se calculaba en 1.700. Estos centinelas avanzados [los misioneros] de la civilización, Roma los reparte del modo siguiente: los franciscanos y agustinos van á la América Meridional y al Asia Baja; los capuchinos á la Superior y al Africa; los carmelitas á Palestina; los lazaristas á la América Septentrional, y los padres del Oratorio á Ceilan.

Pero las rentas de aquella congregación, que ascienden tan solo á 360.000 francos, son muy escasas para enviar á todos los puntos del globo predicadores apostólicos. Es verdad, sin embargo, que algunas instituciones recientes han contribuido á aumentar el número de misioneros. En efecto, además del Seminario de las misiones extranjeras, establecido en Paris, han contribuido á esta gran obra la sociedad Leopoldina de Austria, cuyos trabajos se dirigen en pró de la América Septentrional, y con especialidad la de la *Propagación de la fe*, congregación establecida en Lyon en el año de 1822. Todos los católicos han sido invitados á cooperar á su sostenimiento, contribuyendo con la reducidísima cantidad de un sueldo [poco menos de un cuarto] todas las semanas. Es cierto que esta tasa voluntaria, multiplicada por el crecido número de los contribuyentes, produce todos los años sumas muy crecidas, las cuales sirven tanto para auxiliar á las misiones como para difundir las relaciones que hacen de sus viajes y generosas escursiones estos héroes de la fe y de la caridad.

Pero no queremos pasar por alto que producirá ventajas mayores en los nuevos países la institución de los obispados y la consagración de sacerdotes indígenas, cuya eficacia será mucho mayor que la de los extranjeros; los misioneros que han comprendido esta gran verdad, han empezado ya á realizarla. En efecto, se han instituido desde el año 1840 hasta el 44 veinte obispados, ó más bien vicariatos apostólicos; se han nombrado en Ceilan y en la península, de este lado del Ganges, vicarios indígenas; la Australia, que en el año de 1820 no contaba entre los suyos ni siquiera un sacerdote, ahora tiene un arzobispado en Sidney, y finalmente un vicario apostólico difunde la verdad entre los miserables negros de la Guinea. En la América del Norte, donde el poder eclesiástico no está sujeto á ninguna especie de opresión, en el año de 1790 no había más que el obispo de Baltimore; en el de 1831 había ya otros diez; en el de 1843 diez y seis; en el de 1846 veinticinco, y ahora se solicita la institución de sedes nuevas. En el país que está situado entre la bahía de Hudson y el Oregon, el

(1) El mundo novísimo se compone de las tierras oceánicas, como hemos dicho ya.